



Ecología, género e innovación artesanal en el Japón moderno

Posted on 31 de octubre de 2023 by Dorothy Ko

Esta publicación histórica presenta un estudio exhaustivo de la cultura artesanal de todo un país a lo largo de un periodo de casi tres siglos (1580-1860). A principios del periodo moderno (o Edo), los archipiélagos japoneses albergaban a unos treinta millones de personas bajo la jurisdicción de más de 300 dominios regionales cuyos señores rendían pleitesía a la casa gobernante Tokugawa con sede en Edo (actual Tokio) como la «primera entre iguales». Las culturas materiales, al igual que el poder político, se dispersaron localmente y permanecieron cerca de la tierra, dando lugar a prácticas, instituciones sociales y conocimientos artesanales diversos y complejos. Lo que este libro consigue —lograr un equilibrio entre el estudio de lo urbano y lo rural, de los artesanos individuales y los colectivos, por no hablar de la teoría y la práctica— es una empresa monumental. Que semejante tarea haya sido posible se debe a la existencia de una erudición bien desarrollada e informada, en japonés e inglés.

La autora, doctora en Bellas Artes por la Universidad de Harvard, ha trabajado en las dos últimas décadas con sus publicaciones y en su calidad de directora de la especialidad asiática del Victoria and Albert Museum y del programa de Historia del Diseño del Royal College of Art

para elevar el estudio de la artesanía al mismo nivel que las «bellas artes», tan reconocidas como la pintura en el mundo de los museos y la academia. Las descripciones precisas y la prosa accesible de este libro son fruto de la minuciosa investigación de los archivos materiales, visuales y textuales, por no mencionar el profundo conocimiento que la autora posee de la teoría de la artesanía y de las prácticas de cada uno de los oficios regionales por los que Japón es famoso: carpintería, lacado, fabricación de papel, textiles de ramio, seda y algodón, cerámica y esgrima. Por artesanía, la autora entiende «una cultura material exigente, de calidad y de valor» (p. 107); en japonés, el término más cercano es *saiku* (trabajo detallado o refinado). Los actores implicados incluyen no solo a los artesanos, las herramientas, los materiales y su conocimiento tácito o incorporado, acumulado por la formación y la repetición en el proceso de fabricación, sino también a instituciones sociales como los gremios, la casa/hogar, la organización de talleres, el género, los medios de comunicación, la tecnología, fenómenos meteorológicos como la nieve (utilizada en el tejido del ramio, en la antigua provincia japonesa de Echigo) y el elemento del tiempo de larga duración. Todas estas agencias humanas y no humanas son componentes esenciales de la cultura artesanal (o paisaje artesanal) que se analiza en este libro. Los cinco capítulos, organizados temáticamente (recursos naturales; representaciones pictóricas; operaciones de taller; conocimiento tácito; tecnología y dominio), avanzan desde lo concreto y local hasta lo móvil y transregional. El libro explica todos los términos técnicos y aborda de manera enciclopédica cada oficio. Se trata de un libro excepcional, que acoge y recompensa tanto al aficionado como al especialista.

El viaje comienza con una inmersión profunda en la historia medioambiental y la gestión de recursos, en un esfuerzo por rastrear cómo los artesanos de cada oficio obtenían sus materiales, desde la explotación del árbol de la laca por su savia tóxica hasta la tala de cedros, cipreses, alcanfores y pinos para la construcción de castillos, templos, casas y muebles; desde la extracción de oro, plata y cobre hasta el cultivo y la tala del arbusto *kōzo*, necesario para la fabricación de papel, y otras plantas comerciales, como el índigo para la industria del tinte. Disipando la imagen estereotipada de los japoneses como un pueblo amante de la naturaleza que vive en perpetua armonía con su entorno natural, la autora describe escenas de sobreexplotación de recursos, como el agotamiento a finales del siglo XVII de los bosques más antiguos de las principales islas de Japón. A medida que aumentaba la conciencia de la escasez y finitud de los recursos, la silvicultura se desarrolló como una nueva rama del saber.

En este y otros aspectos, el Japón de principios de la Edad Moderna parece tener más en común con la dinámica euroamericana moderna y contemporánea que con otra imagen estereotipada, la de un Oriente atemporal, estancado y tradicional. Aunque oficialmente era

un país cerrado, Japón comerciaba con el exterior a través de mercaderes holandeses y chinos en el puerto de Nagasaki, que transportaban laca tailandesa en bruto para complementar los manguantes suministros nacionales, piel de raya para las empuñaduras de las espadas y otros materiales exóticos del sudeste asiático y más allá. Productos artesanales como la laca y los abanicos se exportaban a China, Asia y Europa. El mercantilismo y el deseo consumista de novedades fueron fuerzas motrices tan poderosas como la búsqueda de la maestría técnica del artesano que impulsó la cultura artesanal en Japón. La introducción de una perspectiva ecológica en la historia de la artesanía, que permite desmontar estereotipos ancestrales sobre Japón, constituye, en efecto, la primera aportación original de este libro.

Una segunda aportación es la atención que presta la autora al modo en que el género y otras jerarquías de poder configuraron las culturas artesanales. La doctora Guth documenta la presencia omnipresente de mujeres que, aunque no podían pertenecer a gremio alguno, se mostraban visibles y activas en toda una serie de profesiones artesanales en las ciudades y el campo: eran las principales responsables del hilado, el tejido, la fabricación de papel, el trenzado, el teñido *shibori*, la seda y el bordado. Incluso identifica a una artesana, la peinadora Oroku de Kiso, en una xilografía que la representa trabajando con una sierra. Las mujeres no solo poseían habilidades especializadas transmitidas de madres a hijas, sino que fueron innovadoras en el desarrollo de oficios clave, como el mencionado teñido *shibori* o la cría de gusanos de seda. Esta visibilidad de las mujeres en la artesanía japonesa marca una diferencia importante con respecto a la situación en Corea y China; una diferencia tanto más significativa cuanto que estos últimos países, como Japón, suscribían la ética neoconfuciana como ideología oficial.

La naturaleza flexible de la *ie*, una institución social exclusivamente japonesa, que se encontraba a medio camino entre el hogar y el taller de un comerciante o artesano, puede explicar esta diferencia. Formada por lazos de parentesco naturales (por nacimiento o matrimonio) y ficticios (por adopción o aprendizaje), una *ie* en las ciudades de Edo, Osaka o Kioto podía llegar a ser tan grande como un colectivo multigeneracional en tiempos de prosperidad, o podía reducirse al tamaño de un solo hogar en tiempos de vacas flacas. A la vez unidad corporativa y familiar, la *ie* constituía la estructura organizativa básica de un linaje artesanal y un taller; era el lugar y el modo en que se transmitían las habilidades de maestro a discípulo, se organizaba la rutina laboral, se realizaban los rituales comerciales y se formaban los hábitos corporales.

En la medida en que una *ie* estaba dirigida por un hombre de alto rango, las mujeres no eran miembros en pie de igualdad, pero la mentalidad pragmática y los agudos instintos de supervivencia fomentados por la *ie* en un entorno competitivo permitieron a las mujeres desempeñar un papel central en muchas profesiones artesanales, no solo como mano de

obra barata (o gratuita), sino también como profesionales cualificadas e innovadoras. El enfoque de género de la autora permite una comprensión matizada de las jerarquías arraigadas en la cultura artesanal y en la sociedad en general, disipando una imagen romántica de la artesanía en Japón como un reino prístino, apolítico y libre de conflictos. A la inversa, centrarse en la artesanía permite a la autora formular una importante idea sobre el funcionamiento del género en el mundo moderno temprano, antes del auge de las modernas visiones biomédicas del cuerpo fisiológico como determinante del género de una persona. En el Japón moderno temprano, eran las disposiciones corporales y mentales inculcadas por habilidades artesanales como la costura en el contexto de la *ie* lo que hacía a una mujer (y la inculcación de habilidades como la carpintería lo que hacía a un hombre), no la «biología». La división por sexos no era «natural», sino que se construía mediante los hábitos y comportamientos habitados por el trabajo artesanal en la *ie*, y a su vez los perpetuaba.

Una tercera aportación del libro se refiere a las aclaraciones de la autora sobre el significado de la innovación en el contexto del Japón moderno temprano, antes de que predominaran los mitos del genio inventor individual o el dualismo mente-cuerpo. Guth describe un mundo artesanal en el que la autoría era colectiva y compartida a fuerza del proceso de fabricación en taller, incluso cuando un puñado de maestros emprendedores de la laca y la cerámica empezaron a firmar las obras producidas en sus talleres a finales del siglo XVII y principios del XVIII, una evolución que significa una incipiente «autoconciencia de autoría» (p. 134). En el entorno de los *ie*-talleres distribuidos, las innovaciones técnicas no se producían en un «momento eureka», sino que implicaban la experimentación de múltiples artesanos, con nombre y sin él, que daban lugar a cambios graduales a lo largo de mucho tiempo. Incluso la transferencia de tecnologías al por mayor, como el complejo telar de tracción y el horno escalado (llamado horno dragón en China, —utilizado para cocer cerámica—), requirió prolongados retoques para que funcionaran en sus nuevos entornos locales.

Entre los factores que fomentaron las innovaciones artesanales se encuentran el patrocinio de talleres por parte del shogunato Tokugawa y los señores feudales, por no mencionar la creación de nuevas infraestructuras, como la construcción y mantenimiento de redes de carreteras. En una situación comparable a la del norte de Europa a principios de la Edad Moderna, la competencia entre estados próximos geográficamente también favoreció una mayor explotación de los recursos, así como el avance de la minería, la metalurgia, la cerámica y otros oficios para obtener beneficios militares y comerciales en cada estado. Tanto en Europa como en Japón, una diferencia clave entre los modos de producción de principios de la Edad Moderna y la Edad Contemporánea es el papel que las catástrofes naturales o de origen humano desempeñaron a la hora de impulsar y promover innovaciones tecnológicas. En Japón, dislocaciones tan violentas como los incendios que diezmaron barrios

o las guerras intestinas expulsaron a los artesanos de los talleres establecidos y rompieron sus relaciones sociales, trasladando literalmente sus cuerpos físicos a otro lugar, lo que provocó la dispersión de tecnologías y la forja de nuevas redes con humanos y no humanos. Cientos de ceramistas coreanos capturados durante la invasión japonesa de la península coreana, por ejemplo, aportaron nuevas técnicas y sensibilidades a una serie de ceramistas en Japón, creando estilos locales distintivos aún populares hoy en día. No hay que olvidar que el cuerpo del artesano era el único «contenedor» viable y transmisor de muchas técnicas y conocimientos artesanales en el mundo premoderno y moderno temprano, incluso cuando un número creciente de manuales, grabados y libros ilustrados trataban de reproducir el pensamiento material de los artesanos para el público lector. En opinión de la doctora Guth, a pesar de todos sus detalles gráficos, estos textos e imágenes no habrían enseñado a los no iniciados lo que necesitaban saber para fabricar el objeto representado.

El análisis anterior deja claro que este libro contribuye al desarrollo del campo de los estudios sobre la artesanía al fomentar las conversaciones con campos afines como los estudios medioambientales, los estudios de género y la historia de la ciencia y la tecnología. Quienes lo lean entenderán hasta qué punto, a principios de la Edad Moderna, la cultura artesanal estaba presente en todas partes y en todas las facetas de la vida: la artesanía ocupaba un lugar central, si no coextensivo, con lo que los modernos denominarían política, economía, ciencia, tecnología y medicina en todos los niveles de la sociedad.

Los estudios de caso del capítulo 3 sobre dos prestigiosas casas de laca, dirigidas por los diseñadores de clase guerrera Kōami Nagasaku (1661-1723) y Ogawa Haritsu (1663-1747), son joyas tan llenas de información sobre el proceso de encargo, los costes, el estilo de la casa y los experimentos intermedios que invitan a realizar productivos análisis transculturales. En su reciente estudio sobre el capataz de carpintería francés, Nicolas Fourneau (1726-1792), un *artiste* autor de un tratado en cuatro volúmenes, —incluido uno sobre dibujos geométricos de carpintería—, la historiadora Valérie Nègre aboga por acabar con la suposición automática de que el conocimiento del artesano es inevitablemente tácito. Valérie Nègre, «Craft knowledge in the age of encyclopedism», in *Crafting Enlightenment: Artisanal histories and transnational networks*, pp. 303-33, ed. Lauren R. Cannady and Jennifer Ferng (Liverpool, Liverpool University Press, 2021).. Los conocimientos de artesanos altamente alfabetizados como Haritsu, Fourneau, o los expertos constructores y carpinteros en Japón, se sitúan entre los dos polos de la *techné* (técnica) y la *episteme* (conocimiento), del saber tácito y erudito, o práctico y abstracto/teórico. Comprender la naturaleza de estos conocimientos puede requerir el uso de nuevos conceptos así como nuevos métodos de análisis. Tanto en Francia como en Japón, los artesanos de principios de la Edad Moderna constituían grupos profesionales tan importantes, diversos y amplios que el

estudio de sus diferencias internas se ha convertido en una empresa necesaria y apasionante que comprometerá a estudiosos de múltiples disciplinas durante muchos años.

Los talleres de artesanos eruditos y los conocimientos que acumularon fabricando y conociendo (y escribiendo) a lo largo del tiempo constituyen uno de los temas más significativos de la historia de la ciencia y la tecnología. Recientes historiadores de la ciencia han sugerido que la revolución científica en Europa fue anunciada por la experimentación en los talleres de artesanos eruditos como el orfebre alemán Jamnitzer o el alfarero hugonote francés Palissy en el siglo XVI, y no por descubrimientos *ex novo* realizados por héroes como Galileo y Newton. Fueron los conocimientos artesanales los que abrieron el camino a la revolución científica e hicieron posible la revolución industrial. Dos de las primeras obras revisionistas son Pamela Smith, *The Body of the Artisan: Art and Experience in the Scientific Revolution* (Chicago: University of Chicago Press, 2004) y Lissa Roberts, Simon Schaffer, and Peter Dear., eds., *The Mindful Hand: Inquiry and Invention from the Late Renaissance to Early Industrialisation* (Amsterdam: Koninklijke Nederlandse Akademie van Wetenschappen, 2007). Ambas son citadas por Guth.. Japón ofrece una comparación fascinante para esta erudición revisionista, al ser el primer país no occidental que consiguió modernizarse, industrializarse y colonizar siguiendo el modelo europeo, un proyecto tan exitoso que desembocó en la desastrosa Segunda Guerra Mundial. ¿Hasta qué punto los expertos laqueadores, carpinteros y ceramistas del Japón moderno contribuyeron al éxito industrial del país tras la Revolución Meiji de 1868? La doctora Guth, familiarizada con los estudios europeos, se abstiene de dar una respuesta tajante. Pero ahora que su libro está publicado, los lectores que no sean especialistas en Japón podrán plantearse esta y otras preguntas, al tiempo que establecen comparaciones fundamentadas que mejorarán nuestra comprensión de la diversidad mundial de la artesanía y sus transformaciones modernas, una actividad fundamental para el sustento y la continuación de la (co)existencia humana.

Dorothy Ko es profesora de Historia y Estudios de la Mujer en el Barnard College de la Universidad de Columbia, y autora del libro *The Social Life of Inkstones Artisans and Scholars in Early Qing China*, Seattle and London, University of Washington Press, 2016.

Ecology, gender and handicraft

innovation in modern Japan

This milestone publication presents a comprehensive study of the craft culture of an entire country over a period of almost three centuries (1580s-1860s). In the early modern (or Edo) period, the Japanese archipelagos were home to about 30 million people under the jurisdiction of over 300 regional domains whose lord paid allegiance to the ruling Tokugawa house seated in Edo (today's Tokyo) as their "first among equals." The material cultures, like political power, were dispersed locally and stayed close to the land, giving rise to practices, social institutions, and knowledge of craft that were diverse and complex. Striking a balance between the urban and the rural, individual craftsmen and collectives, not to mention theory and practice, is a monumental undertaking. That such a task is possible at all is due to the existence of a well-developed scholarship in Japanese and English, all the pertinent ones were cited.

The author, who received her Ph.D. in Fine Arts from Harvard University, has worked in the past two decades with her publications and in her role as the head of the Asian Specialism of the Victoria and Albert Museum and Royal College of Art's History of Design program to elevate the study of craft to be on par with such recognized "fine arts" as paintings in the museum world and the academy. The precise descriptions and accessible prose of this book bely the painstaking research of the material, visual, and textual archives, not to mention the author's deep knowledge of craft theory and the practices of each regional craft for which Japan is famous: carpentry, lacquerware, papermaking, ramie, silk, and cotton textiles, ceramics, and swordsmithy.

By craft the author means "a material culture of discerning craftsmanship, quality, and value" (p. 107); in Japanese the closest term is *saiku* (detailed or refined work). The actors involved include not only the artisans, tools, materials, and their tacit or embodied knowledge accrued from training and repetition in the process of making, but also such social institutions as guilds, house/household (*ie*), workshop organization, gender, media, technology, such meteorological phenomena as snow (used in processing ramie in Echigo), and the element of long durational time; all these human and non-human agencies are essential components of craft culture (or craftscape) discussed in this book. The five chapters, organized thematically (natural resources; pictorial depictions; workshop operations; tacit knowledge; technology and mastery), progress from the concrete and local to the mobile and transregional. Every technical term is explained; the treatment of each craft is encyclopedic. This is a rare book that welcomes, and rewards, the amateur and specialist scholar alike.

The journey begins with a deep dive into environmental history and resource management in an effort to trace how craftsmakers in each trade sourced their materials, from the tapping of the lac tree for its toxic sap to the felling of cedar, cypress, camphor, and pine trees for the building of castles, temples, houses, and furniture; from the shaft-mining of gold, silver, and copper ore to the growing and cutting of the *kōzo* shrub for papermaking and other commercial plants such as indigo for the dyeing industry. Dispelling a stereotypical image of the Japanese as a nature-loving people who live in perpetual harmony with their natural environment, the author describes scenes of exhaustion as the primeval forests of the main islands became depleted by the end of the seventeenth century. As awareness of the scarcity and finitude of resources heightened, silviculture in tree plantations developed as a new branch of knowledge.

In this and other ways, early modern Japan appears to have more in common with the dynamic early modern and modern Euro-America than with another stereotypical image, that of a timeless, stagnant, and traditional Orient. Although officially a closed country, Japan conducted overseas trade via Dutch and Chinese merchants in the port of Nagasaki, who conveyed raw Thai lacquer to supplement dwindling domestic supplies, rayskin for sword hilts, and other exotic materials from S. E. Asia and beyond. Craft products such as lacquerware and fans were exported to China, Asia, and Europe. Mercantilism and consumerist desire for novelty were motive forces as powerful as the artisan's pursuit of technical mastery that propelled the craft culture in Japan. The introduction of an ecological perspective on craft which enabled the dismantling of age-old stereotypes of Japan ranks as the first original contribution of this book.

A second contribution is rooted in the author's attentiveness to the way gender and other hierarchies of power shaped craft cultures. Dr. Guth documents the ubiquitous presence of women who, although barred from guild membership, were visible and active in an array of craft professions in the cities and countryside: they were largely responsible for spinning, weaving, papermaking, braidmaking, *shibori*-dyeing, silk, and needlework. She even identifies a named female artisan, the comb-maker Oroku of Kiso, on a woodblock print which depicts her at work wielding a saw. Not only did women possess specialized skills passed on from mother to daughter, they were innovators in the development of key crafts, for example *shibori*-dyeing and silkworm rearing. The visibility of women in craft marks a major departure from neighboring Korea and China; this difference is all the more significant in that both countries, like Japan, subscribed to Neo-Confucian ethics as the official ideology.

The flexible nature of the *ie* (pronounced yee-eh), a unique Japanese social institution that straddles a household and a merchant or craftsman house, may explain this difference. Formed by both natural kinship ties (by birth or marriage) and fictive (by adoption or

apprenticeship,) an *ie* in the cities of Edo, Osaka, or Kyoto could grow to be as big as a multi-generational collective in times of prosperity, or it could shrink to the size of a single household when times were lean. At once a corporate and familial unit, the *ie* figured as the basic organizational structure of a craft lineage and workshop; it was where and how skills were transmitted from master to disciples, work routine organized, trade rituals performed, and bodily habits formed.

To the extent that an *ie* was headed by a senior male, women were not equal members, but the pragmatic mindset and keen survival instincts fostered by the *ie* in a competitive environment enabled women to play central roles in many craft professions not only as cheap (or free) labor, but also as skilled practitioners and innovators. The author's focus on gender enables a nuanced understanding of the hierarchies embedded in craft culture and society at large, dispelling a romanticized image of craft in Japan as a pristine, apolitical, and conflict-free realm. Conversely, a focus on craft allows the author to formulate an important insight about the workings of gender in the early modern world, before the rise of modern biomedical views of the physiological body as the determinant of one's gender. In early modern Japan, it was the bodily and mental dispositions inculcated by such craft skills as needlework in the context of the *ie* that *made* a woman (and inculcation of such skills as carpentry that *made* a man), not "biology." Gender division was not "natural" but was constructed by, and in turn perpetuated, the habits and behaviors habituated by artisanal labor in the *ie*.

A third contribution of the book concerns the author's clarifications of the meaning of innovation in the early modern context, before the myths of the individual genius inventor or mind-body dualism predominated. Guth describes a craft world in which authorship was collective and shared by dint of the workshop making process, even as a handful of enterprising lacquer and ceramic masters began to sign works produced by their workshops in the late seventeenth to early eighteenth centuries, a development that signifies nascent "authorial self-consciousness" (p. 134). In the distributed *ie*-workshop milieu, technical innovations did not come about in a "eureka moment," but entailed experimentation by multiple craftsmen, named and nameless, that resulted in incremental change over a long duration of time. Even the transfer of such wholesale technologies as the complex drawloom and the climbing kiln (called a dragon kiln in China) required prolonged tinkering to work in their new local settings.

Among the factors that fostered craft innovations are the patronage of retainer workshops by the Tokugawa shogunate and the domainal lords, not to mention such infrastructural support as the building and maintenance of highway networks. In a situation comparable to early modern northern Europe, competition between polities in geographical proximity encouraged

heightened exploitation of resources as well as advancement in mining, metallurgy, ceramics, and other crafts for military and commercial gains in each state. In Europe as in Japan, a key difference between the early modern and modern modes of production is the importance of natural and man-made disasters as impetus of innovations in the former. In Japan, such violent dislocations as fire that decimated neighborhoods or internecine warfare drove craftsmen from established workshops and severed their social relations, literally transferring their physical bodies to another place, resulting in dispersal of technologies and forging of new networks with humans and non-humans. Hundreds of Korean ceramicists captured during Japan's invasion of the Korean Peninsula, for example, brought new techniques and sensitivities to a string of kilns in Japan, creating distinct local styles still popular today. This is a poignant reminder that the body of the artisan was the only viable "container" and transmitter of many craft skills and know-how in the pre-modern and early modern worlds, even as a growing number of manuals, prints, and illustrated books sought to reproduce the craftsmen's material thinking for the reading public. In Dr. Guth's estimation, for all their graphic details, these texts and images would not have taught the uninitiated what they needed to know to make the depicted item.

The above discussion makes it clear that this book contributes to the development of the field of craft studies by fostering conversations with such cognate fields as environmental studies, gender studies, and the history of science and technology. The modern reader is made aware that in the early modern world, craft culture was everywhere and was implicated in everything; craft was central to, if not coextensive with, what moderns might call politics, economics, science, technology, and medicine at all levels of society.

The case studies in chapter 3 of two prestigious lacquer houses, headed by warrior-class designer-makers Kōami Nagasuku (1661-1723) and Ogawa Haritsu (1663-1747), are such gems filled with information of the commissioning process, costs, house style, and intermedial experiments that they invite productive cross-cultural analyses. In her recent study of French carpentry foreman Nicolas Fourneau (1726-1792), an *artistes* who authored a four-volume treatise, including one on geometrical carpentry drawings, Valérie Nègre argues for an end to an automatic assumption that the knowledge of artisan is inevitably tacit. Valérie Nègre, "Craft knowledge in the age of encyclopedism," in *Crafting Enlightenment: Artisanal histories and transnational networks*, pp. 303-33, ed. Lauren R. Cannady and Jennifer Ferng (Liverpool, Liverpool University Press, 2021).. The knowledge of highly literate craftsmen such as Haritsu, expert builders and carpenters in Japan, and Fourneau lies in between the two poles of techne and episteme, tacit and learned, or practical and abstract/theoretical; understanding the nature of this knowledge may require new naming practices and new frameworks of analysis. In France as in Japan, the early modern artisans comprised such

important, diverse, and large occupational groups that articulating their internal differences has become a necessary and exciting undertaking that will engage scholars from multiple disciplines in many years to come.

The workshops of highly learned artisans and the knowledge they accrued from making-and-knowing (and writing) over time constitute one of the most significant topics in the history of science and technology. Recent historians of science have suggested that the scientific revolution in Europe was heralded by experimentation in the workshops of such erudite artisans as the German goldsmith Jamnitzer or the French Huguenot potter Palissy in the sixteenth century, not ex novo discoveries made by such heroes as Galileo and Newton. It was embodied artisanal knowledge that pathed the way to the scientific revolution and made the industrial revolution possible. Two early revisionist works are Pamela Smith, *The Body of the Artisan: Art and Experience in the Scientific Revolution* (Chicago: University of Chicago Press, 2004) and Lissa Roberts, Simon Schaffer, and Peter Dear., eds., *The Mindful Hand: Inquiry and Invention from the Late Renaissance to Early Industrialisation* (Amsterdam: Koninklijke Nederlandse Akademie van Wetenschappen, 2007). Both are cited by Guth. Japan provides a fascinating comparison for this revisionist scholarship, being the first non-Western country that managed to modernize, industrialize, and colonize on the European model, a project so successful that it led to the disastrous Second World War. To what extent did the expert lacquerers, carpenters, and ceramicists in early modern Japan contribute to the country's eventual industrial success after the Meiji Revolution of 1868? Dr. Guth, who is familiar with the European studies, refrains from giving a clearcut answer. But now that her book is published, readers who are not specialists of Japan may ask this and other questions while making informed comparisons that would enhance our understanding of the global diversity of craft and its modern transformations, an activity that is fundamental to the sustenance and continuation of human (co)existence.

Autor-2: Christine M. E. Guth

Edicion-2: Oakland: University of California Press, in association with the Spencer Museum of Art and the Kress Foundation Department of Art History, the University of Kansas, 2021

Paginas-2: 252 pág.

Portada-2: 31159

Titulo-2: Craft Culture in Early Modern Japan: Materials, Makers, and Mastery